



Jordi Rubió.

EN el argot de los estudiantes que vivimos la irresistible ascensión del Sindicato Democrático de Estudiantes de Barcelona quedó un nombre: La Capuchinada. La Capuchinada fueron los tres días de marzo de 1966 que pasamos encerrados en el convento de los capuchinos de Sarriá. Eramos quinientos estudiantes, un poco la crema de la Universidad, y más de treinta intelectuales que se identificaban, la mayoría, con la resistencia cultural catalana desde 1939. También había un buen número de profesores universitarios, los mejores docentes de aquel momento, sometidos a sueldos de miseria e impulsados por una modélica vocación universitaria. Ellos serían el embrión del futuro movimiento de PNN.

He escrito que paramos encerrados y la verdad es que nos encerraron. Nosotros fuimos al convento de Sarriá con la idea de pasar una tarde y nos encontramos sitiados por un buen número de policías, todavía sin cascos y sin escudos, pero policías al fin y al cabo. Los sitiadores estaban encabezados por el infatigable comisario Creix. Nosotros no teníamos mantas, ni el cepillo de dientes, ni comida, pero aquellos días de marzo fueron, o nos parecía, el principio de una fantástica aventura en la que nosotros, como creímos ingenuamente, íbamos a ser protagonistas. Los tres días de marzo fueron una isla de felicidad, de libertad y de democracia. Una isla pacífica y ordenada. Un clima que he vuelto a sentir en las dos manifestaciones catalanas recientes, las manifestaciones de los dos días de febrero de 1976, diez años después. Aquellos tres días nos marcaron especialmente. Nos marcaron de tal manera que las desilusiones posteriores, y la represión,

LA CAPUCHINADA

que no se cansa nunca, habían de convertirnos a algunos de nosotros en viejos antes de tiempo. Luego las cosas cambiarían y también nosotros, que para algo conviene aprender de la hegeliana astucia de la Historia.

Nos reunimos en los capuchinos de Sarriá para celebrar la Asamblea Constituyente de nuestro Sindicato. Estábamos los delegados de curso, de Facultad, elegidos democráticamente y no reconocidos por la autoridad académica. Hacía solamente un año que el delegado de Letras, Xavier Serrahima, había gritado a una multitud entusiasmada: ¡El SEU ha muerto! Xavier Serrahima moriría de cáncer en 1969, el 26 de febrero. La reunión de Sarriá era la cumbre de una larga lucha universitaria, una lucha que venía de lejos, de cuando los estudiantes de 1957 protagonizaron el primer encierro de la posguerra, la del Paraninfo. Una larga lucha para demostrar que el SEU no era más que un espectro, un fantasma. Generación tras generación de estudiantes se fueron convenciendo de su inutilidad y la mancha de la impopularidad del SEU se extendía en las aulas. Los que entrábamos en la Universidad sin saber nada de nada nos encontramos a los más viejos, a los de los últimos cursos, que nos buscaban por los claustros para explicarnos qué significaba el SEU y lo importante que era crear una alternativa universitaria. A mí me convenció un gran personaje, un joven moreno y alto, disciplinado, riguroso y con un excelente sentido del humor. Se llamaba José Antonio Aguilar y fue un ejemplo a seguir. Luego se hizo hippy, se iría a la India y regresaría a Barcelona con otra mirada, con otras palabras. Se suicidó hace pocos años. Pero eso ocurriría mucho después de aquellos tres días de marzo.

El 9 de marzo, pues, de aquel 1966 se constituyó nuestro Sindicato, efímero, fugaz, pero que quedó grabado en nuestra experiencia vital y en nuestra memoria. Todavía estaba lejos el mayo francés, el conflicto generacional de las Universidades anglosajonas, la entrada de los tanques soviéticos en Praga. El movimiento occidental de la revuelta estudiantil casi no existía. Nuestra lucha era muy distinta, nuestra lucha era política. Era el inicio de un largo y agotador despertar. Así como existió la generación del Paraninfo, nosotros íbamos a ser la generación de la Capuchinada. La Capuchinada fue

la primera manifestación ciudadana de una sociedad herida que empezaba a perder el miedo. La mayoría de nosotros teníamos veinte años y unas ganas locas de "tener", de tener algo propio, nuestra habitación propia en un país que no sabíamos de quién era. Convivimos con los capuchinos de Sarriá, descubrimos su generosidad, su alegría, su sencillez y su austeridad. Después, la prensa franquista hablaría de nuestro encierro como si hubiera sido un "contubernio" y nuestra convivencia fomentada en "matrimonios espúreos". Muchos de nosotros, al salir, tuvimos que mirar el diccionario porque la imaginación verbal de la prensa nos superaba. El contubernio fue la ayuda de los frailes para poder aguantar físicamente el sitio de la Policía. Dormíamos como podíamos, en el suelo, encima de papeles de periódico, ateridos de frío pero en un clima cálido y profundamente feliz. Nos repartíamos por el escenario, envueltos con el telón, por las butacas de madera de la sala. Nos pasábamos la noche riendo por cualquier tontería o divertidos cuando algún padre, pocos, llamaba a las tres de la madrugada para recuperar al hijo o a la hija descarriados. Recuerdo el jardín de los capuchinos, los paseos que dábamos en las horas libres, cuando no había asambleas o reuniones para deliberar nuestra actitud, hablando de poesía, jugando a barcos o conversando con un frailecito de barba blanca y ojos profundamente inocentes que nos hablaba de sus flores y de sus pájaros. El viejo no debía saber quiénes éramos, qué significaba aquella irrupción en la paz conventual, pero tanto daba, él había sabido traducir en todo momento las enseñanzas de aquel revolucionario renacentista que fue Francisco de Asís. Recuerdo también el último día, pocas horas antes de que la Policía entrara impetuosamente en el convento. Se habían agotado todos los recursos, casi no quedaba nada para comer, y los frailes nos dieron una patata frita, una sola, una enorme y preciosa patata frita que aderezamos con lo que encontramos, con sal y pimienta y un poco de mostaza. Recuerdo la enorme solidaridad de muchos de los familiares, de los ciudadanos que pasaban por Sarriá, de las niñas del Liceo Francés que nos tiraban sus meriendas hasta que la Policía les prohibió salir a jugar a su patio. El sitio era radical: no podía entrar nada de comida en el

convento. Teníamos que salir por hambre. Pero nosotros estábamos contentos, conscientes de que tocábamos muy de cerca la Historia, sin contubernios ni matrimonios espúreos. Pero eso la Policía no lo podía entender. Ni tampoco algunos padres, cansados y sin fe, por decirlo con palabras de Pere Quart.

Nos animaba descubrir, de pronto, tras tantos años de silencio y de incomunicación, lo cercanos que estábamos de gente como Jordi Rubió, como Espriu, como Pere Quart. Eran de los nuestros, eran como nosotros, y ellos, muchos, tenían ya el pelo cano y las profundas ojeras de una vida difícil. Jordi Rubió nos habló. "Amigos —nos dijo—, desde 1939 no había vivido un momento como éste. Valía la pena aguantar lo que hemos aguantado. Vosotros me habéis devuelto la esperanza". Quizá los jóvenes habíamos devuelto la esperanza al casi octogenario Jordi Rubió. Pero él nos la había dado. También recuerdo ahora la cara perpleja de Martí de Riquer cuando vio a su maestro Jordi Rubió tan eufórico. Riquer, por supuesto, no estaba en la reunión constituyente, y la Policía lo dejó entrar quizá para que convenciera a Rubió de que se fuera a su casa. El viejo sabio catalán dijo que no y que no, que se quedaba con nosotros. Riquer, el ex preceptor del ahora Rey Juan Carlos, no sabía qué hacer y, por hacer algo, le quiso regalar su pipa y su tabaco. Riquer no supo darle nada más. Tampoco podré olvidar el rostro tenso, enérgico, de Pere Quart que, con su barba fética, nos recitaba su "Jo só la vaca de la mala llet". También está en mi memoria personal la primera lección clandestina de literatura que me dio allí Joaquim Molas. Recuerdo también a M. Sacristán, a García Calvo, a Tapiés. Muchas cosas podría recordar, muchas cosas que los sitiadores no podían entender, y no lo podían entender porque tenían otro lenguaje, el de la fuerza, mientras nosotros queríamos, con nuestro pobre bagaje, implantar el lenguaje del diálogo y de la razón.

Nos echaron del convento al tercer día, hacia las cuatro de la tarde y después de haber ingerido la histórica patata frita. En mi casa me esperaba un hermoso bistec de ternera. Mientras lo engullía pensaba que ahora sí que íbamos a transformar la Historia. La Historia no la cambiamos, es cierto, pero nosotros nos volvimos algo mejores. ■

MONTSERRAT ROIG.